

ANA VARGAS MARTÍNEZ

Crear y sostener lo creado: desplazamientos en la política de un grupo de mujeres.*

La idea de este Seminario parte de la experiencia. De mi propia experiencia y de la experiencia y el sentir de otras mujeres con las que tengo relación; tanto en la Plataforma Autónoma Feminista de Madrid, ciudad en la que vivo, como aquí en Barcelona en el Centro Duoda.

La conciencia de que algo significativo ha cambiado ya en el Movimiento de mujeres y en el feminismo, es algo que vivo en primera persona y que comparto con muchas otras. Ha sido en mi relación con otras mujeres, en su escucha y en su decirse, en su "Nombrar el mundo en femenino"¹ donde he vivido cómo algo se ha desplazado en mí y en otras. Un algo significativo que es del orden simbólico.

Decirse en el presente, es mi decir de ahora, en la realidad en la que

* A la elaboración de este texto han contribuido Ana Mañeru Méndez, Gloria Sánchez Torres, Carmen Delgado Echeverría, Ana Lozano Valverde, Esther Rubio Herráez, Milagros Montoya Ramos y Marta Holgueras Pecharrómán, miembros de la Plataforma Autónoma Feminista. A todas ellas, mi agradecimiento sincero por su colaboración sin la cual no hubiera sido posible la elaboración de este texto.

estoy con otras y con otros, partiendo de mí, partiendo de nosotras, partiendo de nuestra experiencia. “Partir de sí, es decir desde dónde se habla, desde qué experiencia” porque es en ella en la que tenemos los elementos para transformar y transformarnos. Es la realidad mas inmediata, por tanto el presente, lo que interpreto y puedo cambiar. Porque donde tiene lugar mi existencia no es en el futuro más o menos utópico, más o menos lejano. Es ahora, donde soy y puedo seguir siendo con otras y con otros, en el mundo entero, en el lugar que decido y decidimos estar. En palabras de Simone Weil “no hay que creer que el porvenir sea depositario de un bien capaz de colmarnos. El porvenir está hecho de la misma substancia que el presente.”³

Decirse en el presente, no es un deseo de inmediatez, sino un deseo femenino de lo que en Diótima han llamado “traer al mundo el mundo”,⁴ siendo origen y reconociendo origen femenino. Un deseo de intervenir para favorecer la libertad femenina, nuestra propia libertad.

De crear y sostener la Plataforma Autónoma Feminista es de lo que voy a hablar hoy aquí, teniendo en cuenta que sostener lo que hace diez años creamos no hubiera sido posible si en nuestra práctica política no se hubieran producido desplazamientos. Unos desplazamientos que están ligados a la experiencia y que se han producido cuando hemos estado abiertas a la realidad que cambia. La experiencia no ha sido igual para todas, pero lo que tenemos ahora son claves comunes para leerla e interpretarla desde la libertad y la ganancia que la práctica de la relación, el saber y las palabras de otras mujeres nos han dado, porque como algunas han dicho *en El final del Patriarcado*, “una palabra nueva puede volver a poner en juego el significado de todo nuestro decir (y vivir) pasado.”⁵

Bajo nuestros párpados otros ojos se han abierto. Crear la Plataforma Autónoma Feminista

Han pasado diez años desde que un grupo de mujeres creamos, en

Madrid, la Plataforma Autónoma Feminista. Esto quiere decir que, para aquellas que permanecemos vinculadas al proyecto que iniciamos en 1988, y para las que se han unido a él desde entonces, una parte significativa de nuestras vidas está ligada a este lugar de relaciones entre mujeres.

Aquí no pretendo contar toda la historia de este grupo. Lo que pretendo es señalar algo que trasciende a nuestra propia historia, que entra en diálogo con mujeres contemporáneas a nosotras y que modifica lo real.

Cuando fundamos la Plataforma, existía descontento y malestar en bastantes mujeres del Movimiento Feminista de Madrid. Descontento que venía de lejos y que tenía que ver con la cuestión de la "doble militancia"; con estas palabras nos referíamos a las mujeres que pertenecían a partidos políticos y, a la vez, al Movimiento Feminista. Y digo que venía de lejos, porque la cuestión de la "doble militancia", fue uno de los temas más polémicos que se plantearon en las Jornadas feministas celebradas en Granada en 1979 (y de las que este fin de semana se ha celebrado el vigésimo aniversario). Que una mujer militara en un partido político y a la vez lo hiciera en el Movimiento Feminista no era una contradicción en sí, lo que producía malestar y conflicto era la política que estas mujeres llevaban al Movimiento tratando de imponerla.

En Madrid concretamente, aunque no era el único caso, el intento por parte de mujeres de los partidos de izquierda extraparlamentarios, básicamente el Movimiento Comunista (MC) y la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), de hacer hegemónica su política, producía un malestar en muchas, porque no veíamos que aquello fuera lo que nosotras entendíamos por política feminista, es decir, una política autónoma, no subordinada a los partidos políticos, sindicatos y otras organizaciones masculinas.

El malestar estaba también en nosotras por el hecho de no saber

qué y cómo hacer para cambiar la situación, aunque teníamos la necesidad y el deseo de hacerlo.

En ese contexto, en el que todavía estaba muy presente la idea de unidad del Movimiento Feminista, un año antes de fundar la Plataforma, se había creado en 1987 la revista *Madrid Feminista*, que se publicó durante tres años. Este proyecto fue un intento por parte de mujeres autónomas, algunas de las cuales fundamos después la Plataforma, de llevar a cabo algo que, por decirlo crudamente, escapase del control de las mujeres de los partidos mencionados y contrarrestase esa política que pretendían imponernos a todas. Pero también fue un intento de hacer algo en lo que pudieramos reconocernos y que nos permitiera salir de ese malestar. Con la revista se creó un espacio en el que se podía mostrar la pluralidad del Movimiento Feminista, en el que todos los grupos, y también las mujeres feministas que no estuvieran en grupos, podían expresar lo que pensaban y dar a conocer lo que hacían.

La ganancia, o lo que algunas mujeres aprendimos de esa experiencia, es algo que ahora nos parece obvio, pero que en aquellos momentos no lo era tanto. Aprendimos que nadie iba dar solución a nuestro descontento y malestar si no eramos nosotras mismas: si algo quieres que cambie y se transforme has de hacer y moverte tú, y así moverás y transformarás lo que tienes a tu alrededor, aunque aquello que quieras desplazar te parezca enorme.

Otra ganancia de esta experiencia fue entrar en relación con mujeres con las que teníamos poco contacto, ya que no se reunían en el mismo local que nosotras, y que en algunos casos ha tenido continuidad en el tiempo.

En la revista, que estaba abierta a todos los grupos, fuera su política la que fuera, se manifestaron nuevamente conflictos con las mujeres de la "doble militancia". Los conflictos que se producían, que más que conflictos eran enfrentamientos claros, junto con otros hechos que se produjeron entonces, de los que hablaré a continua-

ción, precipitaron la creación del grupo político autónomo del que formo parte al que coloquialmente llamamos "la Plata".

Estos hechos, que voy a señalar, seguramente les resultarán conocidos a algunas de las personas que están aquí.

El primero está relacionado con las manifestaciones organizadas tradicionalmente con motivo del 8 de marzo desde mediados de los 70. En la que se celebró en Madrid, en 1988 se produjo un conflicto que causó tensión en muchas de las que estábamos allí. Ese año, los trabajadores de la empresa Ford tenían un conflicto laboral y aprovecharon la ocasión para plantearlo en la manifestación, sabiendo que encontrarían apoyo en la parte del Movimiento Feminista cuya política era subsidiaria de los partidos de los que venimos haciendo mención.

El segundo hecho, tiene que ver con un encuentro organizado por varios grupos de mujeres, en Santiago de Compostela, en diciembre de 1988, bajo el título: "Jornadas feministas contra la violencia machista". En ellas, tomaron la palabra mujeres de partidos que, hablando en nombre del Movimiento Feminista, defendían la pornografía como una forma de libertad sexual. Obviando las discrepancias que se crearon allí, se cerraron las jornadas haciendo un llamamiento a todas las mujeres para que participaran en la huelga general convocada por distintos partidos y sindicatos el 14 de diciembre. Nuevamente, como he descrito antes, se utilizan los espacios feministas para fines ajenos a los actos que estábamos celebrando.

Por último, en relación con esta huelga, algunas mujeres que formábamos parte de grupos feministas de entonces y que no nos adheríamos a las propuestas políticas de los partidos y los sindicatos del momento, sentimos un vacío ante esa convocatoria. Simplemente no nos encontrábamos en el lema que todavía nos hace sonreír y que circuló de grupo en grupo. Un lema que ha quedado en nuestra memoria y también escrito: "Mujer, acude a los piquetes de tu barrio." ¿Quién, yo? decíamos, ¿para hacer qué? nos preguntá-

bamos. Y suponiendo que cada una pudiera encontrar el piquete que supuestamente le correspondía, ¿qué cambiaría después de haber respondido a ese llamamiento, a la vez tan directo y tan impersonal?

La convocatoria de huelga general del 14 de diciembre de 1988 tuvo un éxito de participación que sorprendió a casi todo el mundo. Esta fecha, que se ha convertido en un referente importante en la historia de los últimos años, para algunas de nosotras tiene un valor simbólico que va más allá de la protesta o del rechazo hacia las formas dadas de la política del momento. Fue este día cuando nació la Plataforma Autónoma Feminista.

La creación de la Plataforma la vivimos con un acto de libertad. Porque éramos conscientes de que hacíamos algo que era necesario y que tenía sentido y corríamos con el riesgo de la incompreensión y de la crítica que podía generar nuestra decisión. En esos momentos, crear la Plataforma hizo saltar los límites de lo que entonces se llamaba Movimiento Feminista y ahora, pasado el tiempo, esto cobra más significado. Porque el desplazarse algo en nosotras hizo que también se moviera algo a nuestro alrededor.

Sentíamos un gran entusiasmo por el proyecto, y un enorme deseo y necesidad de hacer la política que creíamos que debía ser hecha, y también de hacerla pública. Por eso, inmediatamente después de crear el grupo elaboramos varios documentos, que daban cuenta de lo que estábamos haciendo.

Los tres primeros textos que escribimos, y en este orden, fueron: un documento de constitución del grupo, un programa político y un documento de presentación de la Plataforma.

Voy a referirme en primer lugar a los documentos de constitución y presentación. En ellos tratamos de explicar por qué y para qué habíamos creado un nuevo grupo. En este sentido, ambos dan

prueba de ello y se complementan. Sin embargo, hay una diferencia significativa entre los dos, una diferencia, que veo ahora, porque es cuando se me muestra.

En el primero manifestamos claramente, y con un lenguaje rotundo, nuestra separación de la política que hacían las mujeres de partidos y es en cierto sentido un documento normativo en el que, entre otras cosas decíamos:

"Un grupo de mujeres procedentes de distintos colectivos feministas, que compartimos un análisis común de la situación y de las necesidades de las mujeres y cuyo objetivo prioritario es hacer política feminista, creemos necesario y, por tanto, decidimos:

- Constituir una organización política entendiendo por ello una organización que elabore y ponga en práctica una política propia que transforme las condiciones de vida de las mujeres.
- Dar el nombre de Plataforma Autónoma Feminista a esta organización.
- Definir la Plataforma como independiente de los partidos políticos, de las organizaciones sindicales y del Estado.
- Acordar que la Plataforma estará integrada por cuantas mujeres estén interesadas en este proyecto y se comprometan personalmente a mantener la autonomía de este colectivo y a cumplir sus objetivos.
- Explicitar que la elaboración y práctica política de la Plataforma abarca todos los aspectos de la vida pública y privada de las mujeres. Esto supone una lectura diferente hecha desde el feminismo autónomo, de los principios patriarcales que rigen la sociedad actual."

En este documento, que se presentó públicamente y se incluyó en la revista *Madrid Feminista*, dijimos también que las decisiones las tomaríamos por consenso, no por votación, porque la votación anu-

laba el debate, y que no habría representación de grupos, sino que cada mujer participaría por ella misma, ya que la Plataforma no era una coordinadora de grupos. Así pues, la presencia de cada una era importante por sí misma.

Con esta última afirmación, pretendíamos evitar unas formas de hacer con las que estábamos en total desacuerdo. La experiencia que teníamos de las reuniones de la Coordinadora Estatal de Organizaciones Feministas era que lo importante eran los grupos y no las mujeres que allí estábamos. En las reuniones podías decir lo que quisieras, pero a la hora de tomar una decisión había algunas mujeres que decían representar a varios grupos, por tanto a muchas mujeres, y su voz era más importante que la de aquellas que sólo representaban a su grupo o a sí mismas.

El segundo documento, el de presentación, fue elaborado con motivo del 8 de marzo. Para tal ocasión organizamos una fiesta a la que invitamos a todas las mujeres que quisieran acercarse a la Plataforma. Este documento, que titulamos: "Saludo de la Plataforma Autónoma Feminista a todas las mujeres", comenzaba con unas palabras de Adrienne Rich: *Bajo mis párpados otros ojos se han abierto.*⁶ Estas palabras fueron luminosas en esos momentos, decían lo que nosotras no sabíamos nombrar. Comenzar con estas palabras nos instalaba con seguridad en lo que estábamos haciendo, nos sentíamos reconocidas en el decir de otra mujer y eso nos situaba con libertad. Es aquí donde veo la diferencia significativa a la que me he referido antes entre los dos documentos. En el segundo, el lenguaje es distinto, más amoroso y más relacional que en el primero, que todavía estaba cortado por el patrón de las declaraciones políticas al uso.

El saludo decía:

"Bajo nuestros párpados, otros ojos se han abierto y ha llegado el momento en el que ya no podemos mirar como antes, ni pensar

como antes, ni sentir como antes. Ya nada nos vale como antes, como nos lo habían enseñado.

Cruzamos miradas cómplices con otras miradas cómplices y comprendemos y acordamos que es hora de poner en marcha nuestro proyecto, de poner en común lo que hemos ido reflexionando y de trabajar todas juntas para transformar nuestras vidas en lo que imaginamos nos gustaría que fueran. Por eso organizamos una Plataforma de mujeres, Autónoma y Feminista.

Plataforma, porque creemos en el trabajo solidario y colectivo pero no en las organizaciones convencionales que lo estructuran: estados, gobiernos, ejércitos, iglesias, partidos, sindicatos.

No creemos que la columna vertebral de una organización tenga que ser la jerarquización y el autoritarismo, de modo que unos pocos impongan sus leyes a todas y a otros. Leyes que sólo ellos pueden transgredir con impunidad y modificar según su conveniencia. Leyes que hacen cumplir por la fuerza.

Plataforma Autónoma, porque somos artífices de un nuevo análisis de la realidad, que parte de nuestra experiencia y que está expresado en un discurso propio que no precisa la intromisión de interpretaciones patriarcales.

Plataforma Autónoma Feminista porque en radical desacuerdo con el sistema patriarcal, trabajamos día a día para quebrar sus pilares falsos, sus instituciones hipócritas, sus leyes injustas, sus valores miserables, al tiempo que construimos nuevos espacios de convivencia y relación.”

El saludo finalizaba dando la bienvenida a todas las mujeres, “las que ya estamos y las que vendrán para que formemos juntas una Plataforma Autónoma Feminista que integre a todas las mujeres bajo cuyos párpados otros ojos se han abierto para analizar y transformar la realidad.”

Enseguida nos dimos cuenta de que la creación de la Plataforma no pasaba desapercibida. Pronto surgieron reacciones diversas que nos hicieron ver que lo que estábamos haciendo tenía sentido y sobre todo el comprobar que el desplazamiento en nosotras desplazaba también algo en el contexto en el que estábamos, es decir, en la realidad más inmediata.

Por una parte, hubo una buena acogida entre muchas mujeres que, expresaron con calidez su interés por nuestra iniciativa. También lo que hacíamos y decíamos tuvo un reflejo en los medios de comunicación, como ocurrió con el artículo titulado “La fiesta de las mujeres tranquilas”, aparecido en la prensa de aquellos días,⁷ cuyo autor decía:

“Ya que, inevitablemente, represento al enemigo, diré que no es mala lección vuestra calma. Sosiego en el convencimiento de la victoria. Acostumbrado a la arenga masculina, qué profunda civilización enseñan estas mujeres.”

Pero también hubo otras opiniones que fueron negativas y críticas hacía nosotras. Eran voces que nos acusaban de romper la unidad del Movimiento Feminista y de ser un instrumento al servicio del Instituto de la Mujer y del PSOE, como apareció en las publicaciones *HACER*, órgano de expresión del Movimiento Comunista, y en *TRABAJADORA* boletín de la Secretaría de la Mujer de CCOO.

En cuanto al programa, hicimos un documento que correspondía con lo que entonces entendíamos que debía decirse desde una organización para hacer política, que, además, queríamos que fuera fuerte e influyente. Este programa político abarcaba todo lo que estaba en otros programas y se consideraba relevante: legislación, elecciones, economía, temas laborales, acción sindical, urbanismo, medio ambiente y servicios, medios de comunicación, publicidad, política cultural y educativa, salud y relaciones personales. El objetivo era conseguir el poder, porque considerábamos que era la única media-

ción posible para transformar nuestras vidas y porque parecía que el poder era algo que deseábamos todas.

El programa político, aparentemente tan importante, era, sin embargo, lo más alejado de nosotras. Teníamos un gran deseo de intervenir socialmente, y, a la vez, una gran dificultad para enfrentarnos a lo político establecido. Queríamos intervenir en todo lo que sucedía, no queríamos hacer una política parcelada por temas, como interpretábamos que habíamos practicado en grupos anteriores, y por eso hicimos un programa que abarcaba todo, incluso lo que ni entendíamos ni sabíamos.

No medíamos realmente nuestra capacidad, queríamos hacer política profesional sin ser ni desear ser profesionales de la política. Sin embargo, pensábamos que todo podía hacerse si teníamos un compromiso fuerte y trabajábamos. En aquellos momentos no teníamos presente la disparidad de deseos que de hecho existía entre nosotras, éramos todas iguales, y como iguales debíamos desear lo mismo.

Nuestra colocación era oscilante, por una parte, nos sentíamos ajenas a la política y a sus organizaciones y, por otra, seguíamos manteniendo, aunque ambiguamente, el referente de lo dado, de lo establecido.

El programa político enseguida se convirtió en un escollo y la organización como base de la política también. Las organizaciones que había no nos valían, pero no sabíamos como llevar a cabo otra que nos pareciera adecuada. No sabíamos cómo llevar a la práctica las propuestas que habíamos elaborado, y aquí quiero hacer un inciso para decir que una mujer potente, una de las mujeres, que más entusiasmo sentía y que trabajó con pasión en la elaboración del programa, tuvo un accidente, y murió pocos meses después de crear la Plataforma dejándonos en cierto sentido huérfanas de una forma de la política que ella conocía bien. Me estoy refiriendo a

Rosa Pardo, nombre que le dimos al concurso de fotografía que desde 1992 venimos realizando.

Criticábamos el patriarcado y también el poder, pero queríamos tener poder para ejercerlo de otra manera. Pensábamos que había maneras buenas y positivas de ejercer el poder. Así, "Queremos el poder para que nadie decida por nosotras" fue el eslogan de una campaña que hicimos durante este período, concretamente en 1990.

Dentro de esta campaña, realizamos un acto en el que hubo una gran afluencia de público, ya que, habíamos invitado a una mujer de la Alianza de Mujeres de Islandia que, en aquellos momentos, tenía representación parlamentaria.

Holmfrídur Gardarsdóttir, la mujer que participó en dicho acto, nos enseñó una forma de hacer que ahora podemos valorar como una relación que tiene que ver con lo que las mujeres de librería de Milán han nombrado: el *affidamento*. Ellas, la Alianza de Mujeres de Islandia, siempre que participaban en lugares públicos lo hacían dos, porque así se apoyaban la una en la otra, y además causaban sorpresa. Es en este sentido de apoyarse la una en la otra, donde vemos una relación con el *affidamento*. Fue una práctica que hicimos en alguna ocasión, pero pocas veces, y poco tiempo.

El poder se podía obtener consiguiendo votos y, de hecho, nuestro programa estaba orientado a conseguirlos en unas elecciones. Sin embargo, la ambigüedad que suponía rechazar y al mismo tiempo querer el poder se hizo evidente en una encuesta que elaboró una comisión de algunas mujeres, en un momento en el que iba haber elecciones municipales y autonómicas. En esa encuesta, entre otras cosas, se preguntaba ¿te presentarías como candidata? y resultó que ninguna quería serlo. Este hecho que al principio suscitó bromas y risas, estaba significando mucho. Nuestra vida no coincidía con nuestra práctica política. Así pues, el objetivo de tener un programa político para tener y conseguir poder, no tenía apoyo en

ninguna de nosotras. ¿Qué programa era ese? ¿Cómo se puede sostener un programa que nadie quiere llevar a cabo? fueron algunas de las preguntas que nos hicimos.

Pensábamos que lo fundamental de nuestra política era hacer algo por todas las mujeres en general, pero en ese "las mujeres en general" parece que no nos incluíamos nosotras y no teníamos en cuenta el deseo de cada una. Además, entendíamos la intervención política como formar un bloque grande que diera respuesta a todo lo que sucedía. No existía una mediación que hiciera posible cumplir nuestros objetivos iniciales. Sin embargo, durante todo ese tiempo, a pesar de la falta de medida y de palabra había relación y estábamos haciendo posible la existencia de lo que habíamos creado, aunque no veíamos lo que teníamos delante y no sabíamos dotar de sentido a aquello que eramos y hacíamos.

No saber dar sentido a lo que ya hacíamos y no ver otros referentes de mujeres que hicieran una política en la que nos identificáramos o que fueran una guía para nosotras nos causaba frustración, que ahora vemos como desorden, o en palabras de Lia Cigarini, "la falta de una mediación simbólica adecuada y fiel."⁸

Siempre que hablábamos de poder, hablábamos de la violencia que lleva consigo, aunque a veces nos perdíamos en la abstracción de la universalización. En el año 1991, pudimos hablar de forma más concreta a partir de los acontecimientos que se estaban dando: la guerra del Golfo, la guerra en la antigua Yugoslavia, la creación de una "Coalición contra la violencia y el tráfico de mujeres", de la que nos informó Kathleen Barry,⁹ y el proyecto de reforma del Código Penal. Estos fueron los hechos que nos llevaron a hablar de la violencia de forma concreta porque pensábamos que teníamos que decir algo.

De todo ello, poco a poco nos fuimos centrando en el Código Penal, porque aunque podía parecer lo más pequeño frente a los otros

hechos, era lo más cercano y donde más podíamos intervenir de forma real.

Nos pusimos en relación con otras mujeres, entre ellas abogadas, para abordar este tema. Pero todas las propuestas se movían en los términos de aumentar las penas y exigir su cumplimiento, de rehabilitar a los violadores y de elaborar una nueva ley. No nos identificábamos con las propuestas que se planteaban, ninguna de ellas iba encaminada a que las mujeres fuéramos más libres y que nuestros cuerpos no fueran violables.

Con palabras de ahora, que ya han dicho otras, para nosotras el cambio que había que hacer era de orden simbólico. No hacía falta más leyes sino que, la violencia contra las mujeres se hiciera como ha dicho hace poco Milagros Rivera "impensable."¹⁰ De otro modo íbamos consiguiendo más derechos pero no más libertad.

Dijimos entonces que el Código Penal era un Código sexuado masculino, que hace una parcelación del cuerpo femenino y que "[...] no va en contra de la violencia contra las mujeres, si no que la gradúa". La reforma del Código Penal centró durante bastante tiempo nuestro trabajo, una cuestión sobre la que escribimos e hicimos actos públicos y que hoy vuelve a plantearse en nuestra sociedad con una dosis de cinismo parecida a la de entonces.

Así, en la campaña que hicimos el 25 de noviembre de 1992 con motivo del día internacional para denunciar la violencia contra las mujeres, escribimos lo siguiente:

"La violencia que ejercen los hombres contra las mujeres está amparada por la legislación vigente y lo estará aún más con el nuevo proyecto de la reforma del Código Penal y esto se manifiesta claramente en el proceso de elaboración del mismo.

[...] la casuística de edades, zonas corporales, relaciones de poder con

los agresores, etc., no permite entender que lo importante no es regular el grado de violencia que se ejerce sobre las mujeres. Lo importante es que la sociedad erradique la violencia de los hombres contra las mujeres y para ello es imprescindible que seamos las mujeres quienes debemos definir lo que supone violencia para nosotras.”

La violencia y el poder, que siguieron siendo referentes en nuestra práctica política, fueron las cuestiones principales que planteamos en la Red de Feministas Autónomas. Una Red creada por iniciativa nuestra junto con otras mujeres del País Vasco, de Cataluña, de Valencia y de Galicia. Esta iniciativa empezó a fraguarse en la feria del libro feminista de Barcelona, que se celebró en 1990, y a la que asistimos algunas de nosotras.

Esta Red al principio tuvo un sentido claro: tener relaciones con mujeres que pensarán como nosotras y hacer más grande el Movimiento de Mujeres Autónomas. Cuando la dimensión del Movimiento y el llegar a todas las mujeres dejó, para algunas, de estar en el centro de nuestra política, la Red, que básicamente eramos nosotras quienes la sustentabamos, se fue diluyendo. Se hizo más evidente que nuestros intereses se iban distanciando. Concretamente, en el País Vasco, unas mujeres formaron el grupo de *Plazandreak* con la finalidad de presentarse a las elecciones municipales y otras han mostrado interés por hacer una candidatura de mujeres para las próximas elecciones al Parlamento Europeo.

Desplazarse en la realidad que cambia

En 1992, habíamos organizado un acto para conmemorar los 200 años de la publicación de *Vindicación de los derechos de la mujer* de Mary Wollstonecraft, que tomó un giro importante en su planteamiento inicial al vincularlo con una publicación que acababa de aparecer, traducida al castellano: *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo*

de mujeres, de la librería de mujeres de Milán. Presentar en un mismo acto un libro escrito hacía doscientos años en el que se vindicaban los derechos de la mujer, y otro escrito en el presente cuyo título era *No creas tener derechos* y en el que se hablaba de libertad femenina, nos pareció que era algo muy significativo. Por ello, invitamos a Clara Jourdan y Traudel Satler, de la librería de mujeres de Milán para que hablaran de él. El título que elegimos fue “*De Vindicación de los derechos de la mujer a No creas tener derechos.*” La relación con Milagros Rivera, a quien también invitamos a este acto, que para mí es muy significativa tanto en mi práctica política como en mi investigación y que se estableció a través de mi participación en el Máster titulado “Estudios de las mujeres”, que organiza el Centro Duoda de Barcelona, posibilitó establecer este contacto con las mujeres de la librería de Milán y además, establecer otras relaciones que han sido y son muy importantes para las mujeres que hoy estamos en la Plataforma.

En aquellos momentos, dentro de la Plataforma se estaba dando una situación de desaliento. Hubo un período, no muy largo en el tiempo pero sí con fuertes consecuencias, en el que a las reuniones asistíamos muy pocas. Entre nosotras, alguna mostraba su descontento y desánimo, ya que las actividades que otras realizaban o se proponían no les satisfacían. De hecho, lo que ocurría era que seguíamos teniendo el programa inicial como una sombra, como un deber que no se realizaba porque ninguna mujer de las que estábamos allí se identificaba ya con él, y esto para algunas era una frustración.

Sin embargo, para otras que también estábamos allí, se empezaron a abrir nuevos espacios y vías de pensamiento. Fueron precisamente las relaciones de las que hablaba antes las que nos hicieron plantearnos y reflexionar sobre el qué y el cómo de nuestra práctica política. Para las que pensábamos así el programa había dejado de ser nuestro objetivo, de modo que empezamos a hacer lo que realmente queríamos. El acto con motivo de la celebración del bicentenario de la publicación de “*Vindicación de los derechos*” de

Mary Wollstonecraft, la buena acogida que tuvo la presentación del primer concurso de fotografía y los calendarios que habíamos hecho hasta entonces, con el objetivo de hacer genealogía femenina y que seguimos realizando, nos dieron ánimo y ganas de continuar.

Para entonces, el local en el que estábamos, y que compartíamos con otros grupos, nos resultaba hostil y nos impedía trabajar a gusto; invertíamos mucho tiempo y energías en ponernos de acuerdo para el empleo de los espacios, los horarios y que todo ello se respetara. Por iniciativa de dos mujeres empezamos a buscar otro local en el que sentirnos más cómodas para estar y trabajar, y que fuera referente para nosotras y para otras. Así, en 1992, se produjo otro cambio importante que fue abrir un espacio nuevo, aunque a la vez mantuvimos durante algún tiempo el que compartíamos con otros grupos en la calle Barquillo. Trasladarnos a otro local y dejar Barquillo, que era un lugar representativo para las mujeres del Movimiento Feminista, supuso hacer todavía más explícito si cabe el distanciamiento que habíamos iniciado con la creación de la Plataforma.

Para algunas, abrir este espacio se vivió como una ruptura o una separación todavía más profunda, pero para otras era una muestra de libertad como lo había sido crear el nuevo grupo. Sin embargo, mantener los dos espacios durante algún tiempo, que fue lo que hicimos, reflejaba la situación ambigua en la que nos encontrábamos y que ahora interpretamos como parte del desorden simbólico en el que estábamos. En este caso, había un miedo a arriesgar y a desprendernos de lo que nos había estado dando identidad, como feministas, durante mucho tiempo.

Junto al nuevo local que abrimos en la calle Campoamor, se abrió un espacio de realidad para muchas de nosotras, que fue propiciado por el encuentro con las invitadas al acto de Mary Wollstonecraft, en particular por el largo debate que mantuvimos con Clara Jourdan. Los intercambios que se dieron en este encuentro, y que se siguen dando en la relación con Milagros Rivera y Clara Jourdan, marcaron

nuestro mirar y hacer político.

En aquella ocasión, cuando nosotras hablábamos del patriarcado, de la miseria de las mujeres, Clara Jourdan nos decía que el patriarcado no lo ocupaba todo, dejaba sitio a otra cosa. También nos decía que ver el patriarcado como un paraguas que lo cubre todo, era algo que no te podías quitar de encima; que ellas lo que hacían era partir de sí, hablando de lo más cercano que tenían. Fue a la primera que escuchamos hablar de esa manera sobre el patriarcado. Esto motivó el comienzo de otro desplazamiento que ya se había empezado a fraguar en la Plataforma: la enormidad con la que veíamos el patriarcado no nos dejaba ver ni nuestras propias vidas ni la libertad que en ellas pudieramos tener.

Durante un tiempo todavía nos seguíamos moviendo en dos maneras de hacer y dentro de esta ambigüedad continuamos hablando de la violencia y del poder, cuestiones que hacíamos girar en torno a lo que seguíamos considerando el referente principal de nuestra política : el patriarcado.

La oscilación a la que me he referido, se muestra claramente en los escritos que hacíamos sobre el poder y en las contradicciones que se manifiestan en ellos. Un ejemplo, es el escrito que se publicó en la revista *Duoda*¹¹ a principios del año 1993, y en el que decíamos cosa tales como:

“ El feminismo se traduce en una manera de pensar y de vivir que van unidas, una experiencia de la que nace una teoría y una práctica que llevan a vivir de una forma determinada”, más abajo continúa diciendo: “Ninguna mujer puede liberarse individualmente mientras en algún lugar exista la opresión patriarcal, mientras otra mujer, por ser mujer, esté oprimida.”¹²

Cuando se empezó a hablar de las cuotas y del acceso de más mujeres al poder, nos invitaron a participar en un Seminario sobre

“Mujer y Poder” en la Universidad Carlos III de Madrid.

El escrito presentado en ese Seminario fue para nosotras un conflicto, ya que tuvimos que consensuar algunas cosas de las que íbamos a decir. Costó elaborarlo colectivamente porque la discrepancia entre nosotras se manifestó, pero a la vez no queríamos que esto trascendiera, pues todavía pretendíamos dar públicamente la imagen de un grupo compacto y con las posiciones muy claras.

En este escrito volvíamos a repetir cosas que ya habíamos dicho antes. Pero en este caso tuvimos muy en cuenta el contexto donde se realizaba. Hicimos una denuncia, que más que denuncia fue un señalar el derroche de energías que implicaba que las mujeres, o aquellas mujeres que hacían política, no fueran autónomas de los partidos políticos y organizaciones masculinas. En ese sentido escribimos:

“Muchas mujeres [...] colaboran poniendo lo mejor de sus energías en solucionar cuestiones que, en muchas ocasiones, no sólo les son ajenas, sino que a veces van en contra de sus intereses como mujeres.”

Además criticábamos la democracia por ser una democracia patriarcal “que legisla, gobierna y juzga sin nosotras y al margen de nuestros intereses.”

También decíamos: “Actualmente, las denominadas ‘políticas de igualdad’ han sido entendidas y en muchos casos elaboradas, no como igualdad de derechos dentro de la diferencia de sexos y valores, sino como igualdad a instancia de los hombres y con sus reglas. En nombre de la igualdad, la mujer se ha convertido en un género no representado”. “Queremos consiguientemente ser hacedoras y actoras de política.”

Este “ser hacedoras y actoras de política”, todavía pasaba para

nosotras por conseguir poder, el poder del que hablábamos en abstracto, como la única mediación válida que conocíamos para hacer toda una transformación cuyo objetivo era la libertad y autonomía de las mujeres. Sin embargo, habían sido las relaciones con otras mujeres y el fiarnos de ellas, es decir reconocerles autoridad a otras lo que nos había valido realmente. La autoridad, nos abrió un nuevo espacio conectado con la experiencia. De hecho nos dimos cuenta que nuestros modelos de referencia no eran, no son, las mujeres que acceden al poder, sino las mujeres a las que reconocemos autoridad. Aunque a veces poder y autoridad se confundan.

La necesidad de pensar y hablar del *affidamento*, de las relaciones como práctica política, de la disparidad y, sobre todo, de la autoridad, iba siendo cada vez más el deseo de algunas de las que allí estábamos. Y digo de algunas porque poco tiempo después empezaron a surgir conflictos entre nosotras. El placer y la libertad que suponía para algunas de nosotras, era, en cambio, para otras, un “no hacemos nada” y un “encerrarnos en nosotras mismas”.

Algunas dijeron entonces que no se discutiera sobre esta práctica y este pensamiento porque lo único que se generaba eran conflictos. Se aceptó por un tiempo no discutir sobre eso en favor de la unidad del grupo. Pero sabíamos que esto era eludir el conflicto, porque para algunas de nosotras la práctica de la diferencia era la única política sensata.

De hecho, por mediación de las relaciones, que algunas teníamos, con Milagros Rivera, invitamos a Lia Cigarini para reunirnos con ella y a este encuentro ya no acudieron varias mujeres de la Plataforma.

En el intercambio que se produjo en esa ocasión, nos dimos cuenta de que hablabamos mucho desde la teoría, pero no desde la práctica política, y, sin embargo, es en la práctica donde está el sentido.

Después de este encuentro los conflictos que ya se habían generado entre las mujeres de la Plataforma se fueron agudizando más. Los enfrentamientos empiezan a ser duros y agresivos, y se decide no hablar de algo que nos causa conflicto: hablemos de lo que nos une. Se produjo entonces un silencio. A pesar de esto, algunas de las que estábamos en la Plataforma decíamos que queríamos hablar de lo que nos interesaba, la práctica de la diferencia sexual, aunque no fuera allí.

Otras sentían una profunda desmotivación, y el hecho de tratar de centrarnos en objetivos comunes no era sino un intento de desviar el conflicto, de no reconocer la disparidad existente en el grupo y de uniformar. Además, las que no estaban de acuerdo en hablar y debatir sobre la práctica de la diferencia sexual y de que esta fuera nuestra política, tampoco hablaban de la política que querían hacer.

En el 95 y dentro de los conflictos que se estaban dando se cuestionó la idea de grupo, y algunas plantearon que no teníamos unos objetivos claros, unos objetivos comunes, que eso no era un grupo. En cierta manera detrás de todo esto estaba presente el fantasma de tener un programa, no es que se pensara en el programa inicial, aquello ya había quedado lejos, lo que ocurría es que, algunas no veían hacia donde íbamos, cuales eran los objetivos que debíamos lograr y además pensaban que nos estábamos alejando de la realidad de las mujeres. A la vez, otras decíamos "nosotras también somos mujeres", "¿A qué otras mujeres os referís?" "¿De qué realidad nos estamos alejando?"

Es el año del silencio, el conflicto paraliza, se demuestra que no se acepta la disparidad, había un intento de uniformidad. Cualquier idea distinta era un conflicto, que derivaba en ruptura. El reconocimiento de autoridad que una mujer hizo, públicamente, solo a algunas mujeres de la Plataforma, vino a agravar, aun más si cabe, este conflicto.

Al mismo tiempo supimos de la importancia que tenía la Plataforma

para muchas mujeres, porque era y es reconocida como un espacio de autoridad femenina. Esto lo sabemos porque las mujeres que vienen a las tertulias reconocen a mujeres de la Plataforma y explicitan lo importante que es ese espacio para ellas.

En ese momento en el que los conflictos estaban enquistados y las reuniones eran desastrosas, porque faltaba palabra, una mujer de nosotras organizó un seminario sobre Simone Weil, autora que algunas conocíamos, pero que por mediación de los textos de la librería de mujeres de Milán y de Diótima, adquirían un significado nuevo, igual que nos ha sucedido después con otras autoras.

Este seminario, que puede parecer algo pequeño frente a la situación que estábamos viviendo, para algunas, puso de nuevo en circulación relación y palabra. A pesar de ello, los conflictos que se habían generado en la Plataforma, en torno al pensamiento y la práctica de la diferencia sexual, continuaban abiertos y no se podían seguir obviando.

Estos conflictos enmascaraban otros, que en realidad procedían de las relaciones establecidas en otros lugares que no eran la Plataforma. Pero que se llevaban allí, aunque no de forma explícita. La confusión que esto produjo, la falta de palabra, de relación y de mediación, con el tiempo, terminó afectándonos a todas. Cuando algunas buscaron mediación fue más en el régimen del poder que en el de la autoridad. En esos momentos, no supimos o no pudimos solucionar los conflictos que se estaban dando, y algunas mujeres, en distintos momentos, decidieron dejar la Plataforma.

Sostener lo creado. La relación como práctica política

Paralelamente se nos planteó un problema de infraestructura ya que tuvimos que dejar el local que estábamos ocupando, porque no podíamos afrontar los gastos de mantenimiento. Esto, que aparentemente

solo tenía que ver con problemas económicos, supuso algo más.

Estaba en juego el deseo de continuar, poniéndose de manifiesto la disparidad que existía entre nosotras en las formas del hacer. Algunas no veían, en ese momento, la necesidad de buscar un nuevo local.

La decisión de continuar y tener un local como algo necesario para sostener lo que habíamos creado, que era central en nuestras vidas, fue una decisión de todas. Pero no llegamos a ella por consenso sino por el reconocimiento de autoridad. Un reconocimiento que una de nosotras, que dudaba sobre esta decisión, hizo público hacia la mujer que consideraba con mayor talento político que ella para decidir sobre esto.

A mediados del 96 nos trasladamos al nuevo local, que seguimos manteniendo en la actualidad. Para las mujeres, que hacía menos tiempo que se habían vinculado a la Plataforma, este movimiento les supuso sentirse más implicadas o realmente implicadas en el hacer político común.

Del ponerse en juego en primera persona y del reconocimiento de autoridad, que en esos momentos se hizo, todas tuvimos ganancia. Algunas, empezamos entonces a manifestar claramente nuestros deseos, a nombrarlos y a buscar las mediaciones necesarias para llevarlos a cabo.

Después del primer seminario que habíamos organizado sobre Simone Weil se organizaron otros seminarios que, igual que las tertulias que veníamos haciendo desde el principio, eran espacios donde se producían intercambios con otras mujeres. Lo que para nosotras y otras mujeres estaban significando los seminarios, se puso de manifiesto en el interés que suscitó en más mujeres y en la necesidad de continuar.

Los dos primeros que se organizaron estaban dedicados a autoras

concretas: Hannah Arendt y María Zambrano. Autoras que, como ya había ocurrido con el de Simone Weil, por mediación de otras mujeres, adquieren un significado nuevo que entra en relación con nuestro decir y hacer de ahora.

Los seminarios restantes, organizados entre 1997 y 1998, han estado dedicados al pensamiento y la práctica de la diferencia sexual. El reconocimiento de autoridad, como ya había ocurrido en otras ocasiones, puso en movimiento el deseo de hacerlos. En este caso concreto, el reconocimiento de autoridad y el asumir la autoridad reconocida, tuvo para mi un especial significado, ya que en esa ocasión estaba implicada en primera persona.

Las mujeres de distintas ciudades que participaron en los seminarios fueron aquellas con las que, algunas de nosotras, teníamos ya una relación.

La práctica de la relación y la autoridad como mediación están presentes ahora en nuestra práctica política. De ella hemos aprendido que es una práctica que plantea dificultades, porque la disparidad produce conflictos, y a veces éstos se vuelven resistentes a producir ganancia, ya que cuesta reconocer el más que otra pueda tener.

También hemos aprendido que abordar los conflictos y nombrarlos, aún con el riesgo que esto supone, es la manera de afrontarlos y evitar que las relaciones y lo que éstas sostienen se destruyan. Evitando igualmente la tendencia, que a veces tenemos, de instalarnos en “el delicioso acuerdo” del que habla Simone Weil. Un acuerdo que no satisface a nadie.

Sabemos que la práctica de la relación es necesaria, porque ha sido, y es, lo que ha sostenido y sostiene nuestro estar en el mundo. Un estar que no nos separa de nuestro origen, sino que nos sitúa en lo que - Luisa Muraro y otras han nombrado- “el orden simbólico de

la madre"¹³. Un orden que nos da el sentido de ser y decir libremente.

Un decir no previsto en el orden patriarcal, y sin embargo, algunas mujeres lo han hecho en el pasado y muchas lo hacemos en el presente.

Tampoco estaba previsto en el patriarcado el dejar de darle "crédito" y, sin embargo, muchas mujeres lo hemos hecho.

El patriarcado, sus valores, su política, sus instituciones, sus mediaciones, su poder, han dejado, para nosotras, de ser referentes, de tener sentido y hacer orden.

En nuestra historia se han producido desplazamientos que vemos también en otras y podemos ver socialmente, si sabemos leer e interpretar la realidad que cambia. Una realidad, y me refiero a la nuestra, en la que las mujeres estamos presentes con mayor seguridad, grandeza y libertad.

Hay mujeres que piensan y dicen que hemos avanzado mucho pero que todavía falta un largo camino por recorrer y hay que estar atentas a no dar pasos atrás.

Otras piensan y dicen que el feminismo ha triunfado, y estamos de acuerdo. Porque es cierto que una gran parte de las reivindicaciones feministas han triunfado y éstas forman parte ya del sentido común de muchas mujeres y también de hombres.

Nosotras hacemos política contando con lo que hoy ya tenemos. A las mujeres de la Plataforma nos interesa el hacer de ahora, es decir, la práctica, y ésta tiene lugar en el presente.

Hay quienes piensan que esta es una política pequeña. Para nosotras, no lo es, porque su importancia no la mide la cantidad ni el tamaño de las cosas sino su sentido, es decir, lo que esté signifi-

cando en el contexto en que se da.

Como sucede en las novelas de Jane Austen, los acontecimientos aparentemente pequeños, como recibir una invitación para asistir a un baile, tienen la capacidad de modificar una vida.

notas:

1. Tomo esta expresión de María-Milagros Rivera Garretas, *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*, Barcelona: Icaria, 1994.
2. Lia Cigarini, *La política del deseo. La diferencia femenina se hace historia*, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, Barcelona: Icaria, 1996, 149.
3. Simone Weil, *Pensamientos desordenados*, trad. de María Tabuyo y Agustín López, Madrid: Trotta, 1995, 15.
4. Diótima, *Traer al mundo el mundo. Objeto y objetividad a la luz de la diferencia sexual*, presentación y trad. de María-Milagros Rivera Garretas, Barcelona: Icaria, 1996.
5. Librería de mujeres de Milán, *El final del patriarcado (ha sucedido y no por casualidad)*, trad. de María-Milagros Rivera Garretas, Barcelona: Librería Pròleg 1996, 13.
6. La cursiva no es mía. Cit. en Adrienne Rich, *Sobre mentiras, secretos y silencios*, presentación y trad. de Margarita Dalton, Barcelona: Icaria, 1983, 5.
7. Ramón Buenaventura, "Las mujeres tranquilas", *Diario 16*, 19-3- 1989.
8. Lia Cigarini, *El Affidamento*. Texto presentado en la Universidad Jaume I de Castellón, diciembre del 1998.
9. Kathleen Barry (es autora, entre otros libros de), *Esclavitud sexual de la mujer*, trad. de Paloma Villegas y Mireia Bofill, Barcelona: LaSal, 1987.
10. María-Milagros Rivera Garretas, "Violencia impensable", *El País*, 28- 1- 1998.

11. Plataforma Autònoma Feminista, "Reflexiones sobre el poder", *Duoda. Revista d'Estudis Feministes*, 4 (1993) 155-158.

12. *Ibid.*, 155-156.

13. Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*, trad. de Beatriz Albertini, Mireia Bofill y María-Milagros Rivera. Madrid: horas y Horas, 1994 (ed. or. ital., 1991); Diótima, *Il cielo stellato dentro di noi. L'ordine simbolico della madre*, Milán: La Tartaruga, 1992.